María Carolina Geel

# CÁRCEL DE MUJERES



El 14 de abril de 1955, en el lujoso hotel Crillón de Santiago de Chile, la escritora María Carolina Geel disparó varias veces a su amante y lo mató en el acto. Nunca se conocieron los motivos (hubo quienes dijeron que fue por celos; otros, una forma extravagante de conseguir notoriedad). El crimen fue sonado en la época y le valió a Geel tres años de prisión.

De su estancia en la cárcel (y como ha pasado tantas veces en la historia de la literatura, desde Cervantes hasta Sade, Wilde o Genet), Geel extrajo una ocasión perfecta para escribir, gesto ya de por sí transgresor, pues aunaba la escritura del delito y el delito de la escritura. Más allá de la culpa o la expiación, Geel describe y reflexiona sobre el universo carcelario femenino, un mundo infranqueable y oscuro, en una obra adelantada a su tiempo que mezcla la ficción, el testimonio y la autobiografía, y que resultó de lo más rompedora al hablar de crímenes, de la vida en prisión y del deseo entre mujeres. Por ello, este libro ocupa, por derecho propio, un lugar único en la literatura chilena.

María Carolina Geel

# Cárcel de mujeres

# MUJERES QUE MATAN

La conexión entre muerte y escritura forma parte de los imaginarios teóricos contemporáneos. Para un sector del pensamiento francés, la escritura, en cuanto volumen y petrificación, cita la muerte. Esto ha abierto un haz de significaciones que convierten el acto de escribir literatura en una práctica radical. Tan radical que aún el blanco —ese blanco que el poeta Mallarmé deliberadamente resignificó buscando construir el libro total— se hace parte de una grafía para empujarnos al abismo que nos proponen los sentidos. Un vacío demarcado por la resistencia de la obra a someterse a interpretaciones impositivas.

Presentar el libro *Cárcel de mujeres*, de María Carolina Geel, obliga a internarse en un exceso de transgresiones, significa atravesar compuertas intrincadas en las cuales detrás de un delito o de una infracción existen otros y otros y otros hasta conformar un extenso juego de espejos que se condensan y se funden alrededor de la escritura.

María Carolina Geel (1913-1996) protagonizó una de las páginas más memorables de la crónica roja chilena cuando, en los represivos aunque sofisticados años cincuenta, disparó de manera reiterada contra su amante hasta causarle la muerte, en el salón de té del lujoso hotel Crillón, que era el lugar predilecto de encuentro social de la burguesía santiaguina.

Su acto, ineludiblemente escandaloso, puso a Geel en las primeras planas noticiosas de la época. No se trató solo de la habitual voracidad pública que genera cualquier delito pasional, sino que, como valor agregado, la homicida era una escritora

consolidada. Conocido como el «Crimen del Crillón», de inmediato se hizo parte de la historia delictual chilena.

Sin embargo, la aparición del libro *Cárcel de mujeres*, en 1956, devolvió a María Carolina Geel al ámbito de la literatura. Mujer, escritura y delito, escritura del delito y el delito de escribir se anudaron hasta constituir un paradigma que aún, después de muchos años, conserva su plena vigencia crítica y teórica.

No obstante su título, *Cárcel de mujeres* resulta un libro irreductible en varios sentidos. Su género es incierto: se desplaza entre la ficción, el testimonio y la autobiografía. Esta hibridez que impide su catalogación radica en su estructura fragmentaria. El fragmentarismo es el elemento que desestabiliza la certidumbre en torno a cualquier definición.

Más que abordar su propio delito, la narradora, sin nombre, abocándose a relatar las particularidades de las otras reclusas, quiebra así la expectativa de recibir, a lo largo de la lectura, la *confesión* de una asesina. Es más, María Carolina Geel se refugia en el poder que otorga la escritura para construir un relato accidentado, en el que su narradora consigue perfilarse como una conciencia moral superior.

Alterando los presupuestos, la protagonista de *Cárcel de mujeres* se convierte en la enjuiciadora del penal, ya que su situación social acomodada le permite habitar en el llamado *pensionado*, lo que la aísla del resto de sus compañeras de prisión. La cárcel se transforma, para ella, en claustro y, desde ese lugar, la narradora extiende su mirada sobre las otras reclusas, solo que ella puede verlas sin que, a su vez, nadie pueda observarla.

Siguiendo el pensamiento de Michel Foucault, esta narradora más bien se identifica con el rol simbólico de guardiana, mediante la ejercitación incesante de una mirada *panóptica* sobre el resto de los cuerpos encarcelados que pueblan el lugar.

Así, se establece un ojo femenino doblemente privilegiado en la medida en que, desde sus beneficios, transforma la mirada en escritura. Su mirada vigilante es la que le permite descubrir el

secreto que esconde cualquier cárcel y al cual no es ajena la cárcel de mujeres: la homosexualidad.

Surge entonces la disposición lésbica, prácticamente ausente, hasta ese momento, en la literatura chilena. Más allá de las imágenes y las metáforas con las que el texto indica el amor entre mujeres, le correspondió a Geel horadar los tabúes sociales al asumir el lesbianismo como opción y práctica sexual.

Pero, claro, detrás del conjunto denso de desobediencias, está su propio crimen, que la lleva hasta la cárcel. El homicidio del amante se constituye en trasfondo de las diversas narraciones. Sin embargo, los motivos se diluyen. Cada vez que la narradora empieza a explorar en su acto criminal, las palabras parecen desviarse o camuflarse o volverse especialmente elegantes para equilibrar así la violencia de la bala. El relato alude a más de una versión, a más de un móvil para el crimen. Sin embargo, la línea argumentativa dominante insiste en que ella lo cometió para cumplir con un deseo no explicitado del amante. Que ella solo obedecía a ese deseo oscuro, confuso, tenso.

Al atribuirle al amante la latencia de una pulsión de muerte, la obra se ubica en la esfera de una relación exclusiva, *maldita*, absoluta, cercada por la violencia. Quizá lo más medular de la obra radique en que la narradora de *Cárcel de mujeres* reclame para sí un lugar inesperado cuando se describe a sí misma como la víctima. Ella sostiene, de manera oblicua, que el amante la escogió para cometer su asesinato.

En este sentido, *Cárcel de mujeres* es una obra porosa, plagada de contornos irregulares y altamente seductora. Estamos frente a un libro minoritario, prácticamente único. Ya sabemos que son incontables las mujeres que asesinan a sus amantes, incontables también las mujeres que escriben. Pero *Cárcel de mujeres* es más que eso: es la materialización de una estética femenina inteligente e implacable. Es asimismo la posibilidad de internarse en el trazado literario alojado en la creatividad de una mente asesina.

DIAMELA ELTIT

(Escrito para la edición chilena del año 2000).

Murmullo de voces, prolongado, denso y sordo en su continuidad ondulante, que solo termina con el fin del día. A espacios casi regulares lo hieren palabras sueltas, carcajadas, herejías.

Una recluida hay que tiene una linda y fresca voz ineducada que ella da de sí, generosa, a todo grito. Por lo común, remata en una risa igualmente hermosa y plebeya. Las frases que dice las enlaza por hábito con alguna injuria que, cosa singular, no altera el claro timbre que rasga el aire. A la dueña de esta bonita voz la llaman aquí María Patas Verdes. Tras ella puede oírse a veces la fina, mesurada, aristocrática voz de la reverenda madre que ejerce allí su mandato. Después el murmullo se restablece y parece mecerse como la ligera marea de un lago salvaje. Sin embargo, se sabe que, súbita, cuando menos se la espera, la Chamaca lanza su cantar de voz aguardentosa y envejecida. Canta con sumo empeño y como si creyera que es necesario; pero, inopinadamente y sin transición, inicia extraños discursos histriónicos que se reciben con carcajadas estruendosas, hilarante *tutti* que estalla en el patio y parece desbordarlo. Alcanzado su éxito, debido casi exclusivamente a una manera jocosa de evocar el ser del sexo contrario, la Chamaca vuelve a su canto y su voz se diría que arranca del mismísimo sedimento alcohólico de su vida. Normalmente sale el viernes y la traen el domingo al amanecer perdidamente ebria. Cuando alguien hace una alusión un poco sorprendida respecto a su pronto regreso, responde en un tono satisfecho, alegre y un poquitín desafiante que «a su casa no más llega». Pero he aquí a la María López. Está encolerizada y, contumaz, enhebra un rosario de obscenidades cuya fluidez delata su uso cotidiano; en verdad, extraña el que no vacile nunca entre una y otra. Se excita con su propia rabia y amenaza a

alguien. Esa amenaza se cumple repentinamente; ella extrae, no se sabe de dónde, una *gillette* y abre la carne de aquella que despertó su furor. Se arma un revuelo endiablado, todas claman y gritan, acusan y defienden. Llega el cabo, el vigilante —hombre un poco desamparado entre mujeres—, coge a la María López, a pesar de la opinión muy procaz que ella emite a borbotones sobre él y su virilidad, y la arrastra a un calabozo llamado La Solitaria, celda subterránea a la que parecen temer las mujeres casi con superstición. En efecto, ¿no se dice que una vez se encerró allí a una mujer que consumó con otro una matanza, la más alevosa de la que se tiene recuerdo, la cual mujer desapareció una noche sin que quedara de ella más rastro que un gajo de cabello con piel sanguinolenta adherido a la muralla? Y, según parece, ocurrió eso a las doce de una noche de San Juan. No obstante, pasado algún tiempo, la María López haría la misma escena o parecida; la potencia de su perversidad supera el pavor de la mazmorra. Pero veamos. Ella de pronto llama a alguna y le prodiga adjetivos en extremo tiernos. En su voz, que parece formarse en un punto preciso entre su nariz y su garganta, vibra, salaz, una secreta alegría, y entonces de un modo inequívoco se percibe que es lesbiana. Se piensa enseguida, con un cierto terror, que su sexualidad así dirigida debe tener expresiones casi bárbaras. Pero hay que reconocer que ella vive largos días apacibles, en los que su comportamiento linda en la bonhomía. Estos han menudeado desde que a la reverenda madre, que no hallaba qué hacer con mujer tan bravía, se le ocurrió que quizá dándole alguna labor de responsabilidad reaccionarían sus dormidos sentidos sociales. La madre se arriesgó, le entregó las llaves de no sé qué alacenas a su cuidado, y la María López adquirió cierta prestancia directriz que le impide incurrir en fechorías. Mas, ¡ay!, de pronto todo echa a rodar. Su instinto de pendencia reflota y aquella que lo despertó empieza a pasarlo mal. La María López, una vez más, visita el calabozo. A veces llaman a una tal Olga Sanhueza. ¿Quién es? La María López. Estos son dos de los cuatro nombres que usa en la sociedad del hampa.

Un día, el esplendor fulgurante de un sol de invierno me llevó instintivamente a abrir la ventana. En el preciso instante de hacerlo, una voz de mujer casi adolescente atravesó la transparencia del aire; transmitía una orden que ella descompuso textualmente así: «Ya, dicen que vengan las que llegaron hoy por hurto, robo, asesinato y otras cosiacas. Las curas que se queden».

Sonreír fue inevitable. (¡Ah, yo no os conocía en mí, sonrisas temblorosas, muertas antes de nacer!). Y fue inevitable también recordar que allá, en el mundo de fuera, se hacen bromas y chanzas sobre aquellos mismos delitos, pero con una noción de ellos ajena, irreal; acá se practica también la burla, mas ruda, brutal, que cae sobre hechos ciertos, espantables en su impávida veracidad.

Una vigilante grita:

—¡Juana Rojas, del Patio de las Guaguas!

Ahí están ellas, las que llegaron grávidas o con la criatura, recién nacida, entre los brazos. Cayeron, primero a la llamada falaz del instinto y después en el delito a veces maligno, a veces o casi siempre hijo de la miseria. Una semana haría, quizá, desde mi llegada; todavía alojaba en las camas de allá arriba. El pensamiento, entorpecido y fijo en una realidad inabordable, acudía lento a la percepción de los objetos y los seres. Aterida, miraba a través del vidrio, apenas cubierto de vieja pintura. Miraba hacía rato sin ver, mas algo me desazonaba y bruscamente mis ojos definieron la figura de un niñito. Pequeñito, regordete, con ese cierto empaque de los niños pobres y sobrecargados de prendas heterogéneas, daba pasitos vacilantes. Ese niño se me entró en el alma, y, no sabiendo entonces ni ahora por qué, me eché de bruces a sollozar sordamente y como si mi entendimiento fuera excedido por algo. Mi corazón enloquecido hacía una mezcla alucinante, obscura e irracional con aquel niño chiquito que trataba de andar en una cárcel y el dolor que estallaba de ese corazón y quebraba las raíces de mi vida.

Después, mucho después, enervado hasta el agotamiento el ánimo, sentada al borde de la cama, habría rogado que me trajeran aquel niño si no hubiera sido yo una presa.

Había, entonces, mirado por primera vez el Patio de las Guaguas.

Las noches en un penal son profundamente silenciosas. Cada ciertas horas apenas turba la paz el andar del vigilante que hace la ronda nocturna. El pasa y la quietud cae otra vez a plomo sobre los pabellones y los patios como una forma misteriosa de condena.

Pero, alguna noche, con la agudeza del filo de una hoja acerada, rasga el aire negro un grito inhumano, desgarrado y horrible. Uno empieza a sufrir, pero se queda quieta mientras el corazón pulsa acelerado. El silencio ha vuelto a cerrarse, siniestro. Pasados unos minutos, un nuevo grito, más espantable y penetrante aún, vuelve a herir la noche. De espaldas, palpitante, uno se pregunta qué ocurre, qué va a ocurrir, pero no osa moverse. Y un tercer clamor, como nacido de la entraña de una bestia que va a morir, atraviesa en horrible parábola el ámbito del presidio. Viene seguido de voces comunes, puertas que se abren y se cierran, andar de gente, pero el todo sujeto a una calma extraña. Uno quiere comprender y fuerza el cerebro para que comprenda. Las gentes siguen en su andar calmoso, se cierra de nuevo alguna puerta y, en un instante, alguien, una mujer como siempre, dice nítidamente a otra casi debajo de nuestras ventanas:

—Viene ya la ambulancia. Parece que va a nacer mucho antes. En el mundo una mujer condenada da a luz un hijo.

Cierta tarde, casi pegada a mi ventana, alguien llora. Su llanto tiene todavía las inflexiones del lloro de una niña. Acaba de llegar. Algunas se le acercan y tratan de saber qué tiene, pero ella continúa llorando. Le preguntan por qué ha venido y ella guarda silencio. Pero la voz de la María López dice desde más allá, informativa:

—Intento de suicidio.

La sangre escapa de mis labios y alcanzo a hacer un vivo movimiento de empezar a correr hacia ella y llegar allí y mirarla adentro de sus ojos.

Pero una presa del Pensionado no puede pasar al Patio por Días, ni las de aquí pueden pasar a El Proceso, ni las de ese al Pabellón de las Condenadas.

Voces de la Cárcel de Mujeres: Multiplicidad de Voces. Murmullo sin tregua. Gritos que se alzan, perdidos, para caer después, inútiles, en el pequeño mar murmurante que parece tragárselos. Voces que por sí mismas crean imágenes precisas, confirmadas por estas o por aquella mujer divisada desde mi cuarto cuando ellas van allí, arriba, a tender sus ropas míseras de colores inciertos.

Pero luego viene la noche y el silencio empieza a detener el tiempo. La cuarta después de mi llegada escribí, casi ajena a mi ser, esto que sigue:

> Denantes, en un pabellón cercano de las presas a las que llaman *del Patio*, tres empezaron a conversar a gritos. En el silencio percibí mecánicamente las primeras frases y de súbito me llegó el golpe que me hirió a lo largo de la vida: la mujer relataba un hecho sexual. Una angustia incontrolada y la violenta necesidad de no oír me encogieron. Me aturdí. Y me agazapé como un animal acosado. Mas, así encogida, ¿olvidaba yo el propósito rígido, impávido, de aceptar todo el mal que venga? Entonces alcé el rostro pronto a aquella oleada canallesca. Y escuché. Y recibí en mí las risotadas lascivas y toda la obscenidad que daba el tono a esa voz, voz que repetía las frases, que insistía en la imagen brutal, que reía aguda. Esa voz hablaba del sexo del hombre, lo exhibía con la más desnuda procacidad. Ah, era el sexo espantoso, proclamado a gritos, escarnecido por el desprecio depravado, envilecido por la burla soez.

> Una orden autoritaria desde la distancia y sobrevino el silencio, y con él toda la visión de mi vida. Mi vida, ¿qué fue? Timidez, huida de la vulgaridad, temor del hombre, anhelo de un aticismo que no hallé jamás. Soledad.

Ahora recuerdo que después de aquello, tendida de espalda, yo tenía la frente húmeda, las manos endurecidas, la inteligencia degradada. Me tomaba por instantes la sensación enloquecedora de que, si me movía, me dolería toda la superficie de mi cuerpo y gritaría, gritaría como si estuviera ciega en un páramo.

Al amanecer, ¿fue verdad que unas manos que ya no existen cogieron las mías? ¡Dios!, ¿quién me tocó las manos? Desde entonces hay en mí no sé qué forma de inmunidad y de frío.

En el Patio de las Guaguas ocurren también muchas cosas. Comúnmente las madres se pelean a causa de los chicos, que, por lo demás, no pasan nunca del año porque el reglamento lo prohíbe. Llegado a esta mayoría de edad, el niño debe irse. A veces, ¿adonde? No se sabe. En el bullir humano esto importa poco.

Un día se oía algo lejana una algarabía de gritos, improperios, llantos. Forzando el oído creí percibir que llamaban a Nuestra madre superiora y a la madre Anunciación (hablaré después de la dulce madre Anunciación y de su sonrisa cautivadora). Pasado mucho rato se sabe acá lo que ha ocurrido: dos pequeños se fueron a las manos en una muy precoz reyerta. Las mamás acuden a separarlos y, entre una palabra y otra, en las que se insinúa que la razón en la desavenencia de aquellos asiste al hijo respectivo, ellas echan por tierra la amistad que hasta entonces se tenían; las injurias toman un colorido violento hasta que, en un instante que nadie previo, la más furibunda, de un salto, coge de la cuna de su hijo el frasco del que este bebe su leche diaria y lo parte en la frente de la otra. Un tajo diagonal hace saltar la sangre, la mujer cae desmayada, una joven madre de diecisiete años, despavorida, aprieta a su criatura contra sus pechos henchidos y Nuestra madre, que ha llegado tarde, ordena llamar a la ambulancia. Poco a poco todo se apacigua, pero en el pabellón queda flotando algo que parece mancillar los puros ojos de los pequeños, que callan.

Mas ¿qué influencia telúrica ejercitaba sus poderes aquel día? Porque cuando Nuestra madre se retiraba a su escritorio, fue llamada aprisa desde el pabellón que se conoce con el denominativo, tan breve como terrible, de El Proceso. Allí, tres mujeres reñían; una de ellas tenía las ropas desgarradas, en tanto que otra ostentaba

numerosos rasguños y la cabellera en indescriptible desorden; la tercera no presentaba huella alguna de que la hubieran tocado. Las razones de la lucha no lograban aclararse; ellas hablaban poco y hacían alusiones esotéricas al origen de algo que pasaba de una a la otra con odio sordo. Fue inútil intentar establecer lo ocurrido. Pero de ello quedó un hecho cierto y un comentario vago: una de las tres fue a dar al calabozo; las causas: el amor que no se atreve a decir su nombre.

Ese amor misterioso, al parecer tan lleno de sombras y desesperanzas como el otro, dejó aquí la impronta de un drama diabólico. La protagonista es una mujer de belleza nada común, poseída por una pasión que cegó su mente hasta llevarla al acto macabro. Su nombre es Adelaida, y su historia, casi risueña en sus comienzos, es en síntesis, la siguiente.

Robó desde niña. Tanto venía a dar acá una y otra vez que se hizo familiar. Cierto día apareció por su propia voluntad, alegando, llorosa, que no tenía dónde vivir. Por ser conocida ya y además trabajadora, la recibieron. Solo meses después se supo la verdad. La policía la buscaba a causa de un robo de grandes proporciones y ella descubrió el modo más sorprendente de burlar a la justicia: esconderse en la propia cárcel. ¿Cuándo empezó a desviarse su inclinación amorosa? Quizá desde su primera caída, porque con frecuencia es forzoso dormir de a dos o de a tres en una cama, juntando dos de estas, y en invierno los cuerpos se acercan. Era hermosa, adolescente, y despertó, es seguro, la apetencia de las mayores. Y un día, en el curso de una larga condena por robo, fue a ella a quien la avasalló el amor por otra joven también condenada a larga prisión, la cual, atraída a su vez por el físico de la Adelaida, correspondió sin reservas. Y se tejió entre ambas el extraño sentimiento cuyo prohibido hechizo ardiera en los cantos de Bilitis. ¿Cómo lograban burlar la severa vigilancia? Trabajando mucho, disimulando aún más. Era difícil, sin duda, pero ahí están las cocinas, los talleres, los lavaderos, en todos los cuales se trabaja, y trabajando puede hablarse y como por azar acercarse. Pueden hallarse los ojos, pueden rozarse las manos. Y, de pronto, luego de estudiarlo y poder estar seguras, la oportunidad llega y la celda de la

una se abre para la otra quedamente. Después, de nuevo solo la cercanía de inocente apariencia, solo una palabra ardiente apenas murmurada o gritada con descaro a la distancia como pura broma que desafía a las mal pensadas. Y de nuevo la ocasión es propicia y, otra vez más, una de las celdas encerrará los sibilinos oficios de un amor pagano. Y así, entre los muros espesos de un presidio, dos personas saturan de pasión su vida.

Pero la prisión impuesta a la Adelaida tocaba a su fin. Todos los días se quejaba, plañidera, de que no tenía adonde ir, esperanzada en que se le ofreciera quedarse, mas las buenas monjas guardaron silencio. La Adelaida tuvo que partir. El mismo día se empleó de sirvienta. El raro amor que la impelía, ¿qué ancestros de paroxismo sanguinarios desencadenó en ella? Al llegar la noche consumó lo más horrendo, porque descargó un hacha y su locura sobre el cráneo de una mujer dormida. Después huyó, pero cuidando de ser descubierta sin gran trabajo.

La Adelaida había cumplido su obsesionado anhelo: volver y, de nuevo, amar.

Preguntas que resbalan sobre mí y que trato de retener casi ansiosa. Respuestas que procuro hallar en algún rincón de mi entendimiento o en mi visión de los hechos que parecen formarse y deformarse como cosas que flotan dentro de un agua. Preguntas, respuestas, sonidos que resbalan en la nada. Después hubo una multitud callejera de hombres y mujeres que se prolongaban, amorfos, unos en los otros. Multitud que parecía toda ella un erizado monstruo cuya curiosidad podría triturarme. Aquí, allá, por todos lados, seres que se movían como anguilas voraces enfocando mi rostro yerto. Siempre un guardia a mi lado. Y, después, otra vez un mar humano. Pero, ahora, cerca de mí hay también un hombre de lentes a cuyo traje, finísimo, mi atención se aferra, perdida, demencial. ¿Quién le pidió que llegara hasta mí? Al fin me bajo de un auto y entro en un edificio muy viejo, muy limpio. Dos religiosas me reciben blandamente. El señor de lentes se despide, se va. Es el abogado. Estoy en el Presidio.

Yo quería recordar en qué momento, desde la cama, observé por primera vez, consciente, los rasgos, los gestos, la cercanía leve de la madre Anunciación. La empecé a sentir como un ser blanco tras el cual desaparecía aquel fragor tumultuario frente al que el alma se había encogido. Nunca el conocimiento de una persona fue para mí tan silencioso, tan tranquilo, tan sencillo. Y un día que siguió a una noche interminable, en que la infelicidad crecía sobre el tiempo y la muerte, ella se inclinó a hablarme.

Y por primera vez la vi sonreír.

Nada puede asemejarse tanto a la sensación imponderable de la luz. Y así fue como esa rigidez que dejara la espantosa noche, esa rigidez que estaba ahí, desde los miembros hasta la raíz del

pensamiento y al acecho del corazón que se defendía, solo, como un pequeño animal, cedió al consuelo misterioso de una de las más perfectas sonrisas que yo hallé en la vida.

¿Por qué a veces ella me observaba, dulce y con un imperceptible asombro en su rostro? ¿Y por qué ese ser tan profundamente, tan diáfanamente religioso pudo inclinar su afecto hacia mí, que no adoraba a su Dios, hecho que no desconocía? Y, pues, día a día, durante la oración, ella rogaba fervientemente a su Jesús por mí —¡por mí!— y, al contármelo, la pura sencillez de sus palabras me hacía bajar la cabeza. Una noche, sin que nada en mí se resistiera, simplemente, me puse a rezar con ella una oración de mi infancia. Ella rezaba y pensaba en Dios; yo, muy bajo, la seguía y pensaba en mi gratitud a ella. Desde entonces, todas las noches es así, oh, dulce madre Anunciación.

Y en los atardeceres empecé a ir a la iglesia.

Cuando por primera vez penetré al coro destinado a El Proceso, mis ojos se prendieron a las tres enormes ojivas de vidrios catedrales, en los que resplandecía casi cegadora la luz suprema del día. Y, encadenadas las pupilas a ese esplendor que se resistía a extinguirse, tuve la sensación inexpresable de la muerte.

Algunos días después, cuando llegaba más tarde, el pequeño templo estaba sumido en la penumbra; una lamparilla, cuya luz vacilante emergía desde un vaso, hacía temblar grandes masas de sombras, aromas desvanecidos de incienso, misterios dormidos en la quietud del tiempo; todo allí parecía abismarse en la oración. Y busqué a Dios.

Puramente, busqué a Dios.

El silencio y la soledad sobrenaturales continuaron, no obstante, más allá, sin un signo hacia mi espíritu perdido. Y busqué entonces una sombra entre esas sombras sagradas, llamé como nunca jamás misérrima, y esa sombra y ese silencio y ese Dios estaban siempre más allá.

Después volví la mirada hacia el Cristo, con sus brazos tendidos en cruz desde hace veinte siglos. ¿Qué gesto hallé en su rostro apenas visible? ¿Acaso no se inclinó su frente, asintiendo, porque era cierto que él fue solo un grande, un inmenso, suicida?

Y volví en los atardeceres que siguieron. Y oscilaba la luz de la lamparilla cumpliendo su secreto ritual con las sombras. Volví porque allí estaba la paz de la espiritualidad eterna, aunque la fe no me era dada.

Lo espiritual…, ¿qué es en el hombre?, ¿cuál la verdad de su existencia cuando después la cabeza debe inclinarse frente a la verdad arrolladora de una mujer de quien, allá en el Patio de las Guaguas, se ha adueñado la cólera más feroz, cólera cuya crecida llega hasta el límite último del furor? Sucede, pues, que ella, viéndose impedida de abalanzarse como ciega fiera sobre otra para arañarle en el rostro y desgarrarla en su cuerpo, revuelve su ira contra sí y, empuñadas las manos, golpea brutalmente su vientre grávido en tanto grita al hijo, dormido dentro de ellas, entre ofensas obscenas: «¡Guachooo!»…

Entonces, pues, uno inclina la cabeza y empiezan a agitarse las pulsaciones adentro de las venas y la angustia de la vida que corre porque sí hacia la nada se adentra en el propio yo abandonado y solo, en el que en su tristeza tocó fondo, es decir, el que llega a conocer la más mortal de las sensaciones de dolor: el tedio en el alma.

La María López entró en la cocina con sus llaves en las manos en tren de consulta. La maestra cocinera y sus ayudantes, inclinadas sobre una marmita, manipulaban un cocimiento. No la vieron. En cambio ella vio sobre la mesa un regular paquete. Lo palpó, comprobó esa cierta blandura que caracteriza un paquete de ropa, miró hacia aquellas, que continuaban en su faena, y, cogiendo el envoltorio con la tranquila rapidez del profesional, desapareció con él.

A la María López le había sido infiel el sentido del tacto, porque minutos más tarde la reverenda madre clamaba por la pérdida de un paquete de merluzas y ordenaba un registro. Alguien, tal vez una novata que ignoraba las leyes de los penados en orden a que es mucho mejor guardar silencio, delató a la hurtadora. ¿O fue quizá alguna vieja y temeraria enemiga? La María López, que se puso iracunda, negó redondamente, negativa que le dio ocasión para aliviarse de una sobrecarga de improperios que su buen comportamiento de los últimos días le había ahorrado. Por último, hubo de comparecer ante Nuestra madre superiora y, luego de una amonestación verbal de esta, se oyó a la María López exponerle ciertas teorías psicológicas respecto al efecto funesto que en ella tenían las acusaciones de que era objeto. La pronunciación que ella adoptaba mientras exponía sus puntos de vista era en extremo cuidada, tanto que transformaba ciertas diéresis de finales diptongados en dos sílabas cabales, interpolando una d; *v. gr.; frido* por *fríO*. En todo caso, su seriedad imponía. Y los efectos a que hacía referencia se hicieron sentir al día siguiente cuando trabó pendencia con su delatora. Separadas a tiempo, se ordenó el traslado de la María López a El Proceso. Tras un par de horas de estar allí

instalándose y argumentando con las otras el caso en que se hallaba, dijo que se le habían quedado algunas prendas en su antiguo Patio, consiguiendo autorización para volver a recogerlas. Volvió y, en vez de ir en busca de dichas prendas, se dirigió rectamente adonde su enemiga y, sin dar tiempo para la menor defensa, la cogió a bofetadas tan rápidas que aquella pronto fue derribada, casi inconsciente, lo que puso término natural, esta vez, a una riña de la María López, quien partió con paso calmo a la vera de la reverenda madre, maestra de aquel Pabellón, que llegó a buscarla. Por el camino, a la reprimenda que le dirigió la monja, la María López respondió textualmente: «Madrecita, ahora usé mis manos; la próxima vez la parto en tajos». Y, como aquella le preguntara de dónde podría sacar el arma cortante necesaria a su propósito, respondió: «Es cuestión mía».

En efecto, nunca se logra saber cómo, pero en su oportunidad, a pesar de la triple reja, a pesar de que todo paquete destinado a las presas lo revisa primero la guardia y después la vigilante, el arma aparece.

La María López, pues, ha cambiado de escenario.

Pero no hay lugar para percatarse mucho de que está ahora más lejana porque otras que guardaban las distancias, tal vez por ella, ocupan el campo libre, y un día una singular conversación empezó así: una mujer que se encontraba más cerca de mi cuarto llamó a otra en tono quejoso para que la ayudara en algo; según deduzco, a extender unas ropas. La interpelada empezó a contestar desde lejos, primero imitando, es decir, remedando la voz de la otra y, enseguida, y a medida que se acercaba, adoptando su propio tono a la par que sus palabras iban también cambiando desde el decir corriente hasta los más lujuriosos denuestos. Tuve un indefinible temor de que pudieran irse a las manos ahí mismo, pero algo indeterminado en ese tono se apagaba y, en aquellas injurias que se volvían tanto más graves cuanto mayor era la sensualidad que el matiz de la voz les daba, conseguía en el primer instante dejar perpleja.

Después, comprender no fue difícil.

Sintiendo que empezaba a enrojecer, retrocedí hasta el fondo del cuarto. ¿Entonces ese amor podía contener tanta sordidez como el otro amor cuando procrea sórdidamente? Oprimí con violencia las manos contra los oídos. ¿Y por qué, por qué estallaba yo en sollozos que ahogaba con los puños?

Cinco minutos después no había nadie cerca de mi ventana. Miré hacia el día, gris, casi obscuro. ¿Por qué en el mundo hay sujetos que se ponen a sufrir por lo que a otros les es connatural?

Pero hay también las que aman al hombre, mas justamente al hombre que no debieron amar. Se dice que en el Pabellón de las Condenadas pena una mujer que cargó sobre sí sola toda la culpa de un delito consumado con su hombre. Largos años de cárcel. Como consecuencia, el hombre se buscó a otra. Sin embargo, muy opuesta es la idiosincrasia de la Ofelia, mujer de baja estatura, que sustenta, a gritos, entre otras, la singular teoría de que cuando ocurre un robo debe castigarse, por cretina, a la víctima. En la Ofelia todo rasgo, en particular su nariz, tiende a achatarse; pero su ánimo es levantado y definida su pasión por la libertad y por el hombre. Cinco veces ha huido. En una de esas fugas la atraparon en cacería. La guardia, formada solo por seis hombres, lo advirtió a tiempo, mas ella se escapaba precisamente por donde, a causa de las muchas puertas que era necesario violar, nadie vigilaba. Se deslizó a la calle, pero al empezar a correr la vieron. La mujer corría como una liebre y la distancia que puso entre ella y los hombres obligó a estos a hacer descargas. Una bala le dio en un muslo, pero siguió corriendo. Bruscamente, cayó. Condujeron de nuevo a la Ofelia a la prisión. Pero ella asegura, alzando despreciativa la menguada barbilla, que la próxima vez no han de cogerla, porque el caso es que por ningún motivo está dispuesta a cumplir su pena: quince años y un día. A su juicio, cualquiera mente bien puesta comprenderá con facilidad que no se pasa tal número de años, así como así, lejos del hombre.

Parece que desde hace mucho rato lucho pesadamente por no despertar a causa de que alguien canta. El insomnio ha desplazado un sueño de plomo hacia la mañana, pero por último la dolorosa transición cede y el canto de la Chamaca crece hasta mi conciencia. Ese canto se compone, sin variar, de una especie de glisado ascendente y otro descendente, hasta algunos tonos más abajo de la nota inicial, y su asunto trata de un compadre de quien alguien se enamora. No lo capto muy bien, pero sí el agregado que ya otras veces le he oído, inspiración a todas luces exclusiva de la Chamaca:

> Y entonces, entonces pa' consolarme, ay,
> yo me tomé mi cañón, yo me tomé.

Me parece que mi ignorancia es grande respecto de ciertas voces que animan el caló de mi país. Me llevó varios días comprender que, a la Chamaca, lo que se conoce por una caña de vino le suena a ella como cosa mezquina, ridícula y cursi. El término que se compadece con sus ideales en ese asunto es «un cañón de vino». De ahí su estribillo.

Durante largas horas la Chamaca es casi cumplida en sus expresiones. Solo de vez en cuando parecen asaltarla agudos recuerdos de sus compañeros, que, como ella, viven en trance ante Baco, y entonces la ternura descompone su lenguaje, pero los acentos de su voz vinosa preservan no se sabe qué candidez natural invulnerable.

Ignoraba yo otra expresión que a veces atraviesa el Patio de un cabo al otro, ya como afrenta, ya a modo de simple y despreocupado apelativo: patinadoras. Quizá la oí antes y no caí en

la acepción del caso. La María Patas Verdes viene aquí por patinadora. Mujer joven, rubia, casi bonita, ligeramente maciza, su voz se ajusta a su físico. Hace muy poco pude verla por vía no corriente. Dos o tres mujeres la alzaron, sin más trámite, por las piernas para que alcanzara el borde de la tapia que divide el Patio por Días, con su pasillo de acceso, y el patiezuelo del Pensionado al que da mi ventana. Apareció su cabeza rubia, su redonda cara fresca y su gesto de chico audaz para gritarle a otra, que partía al juzgado, un mensaje del todo incomprensible para el profano. De pronto las que la sostenían le advirtieron entre risas y viva excitación que venía la vigilante y que, por lo tanto, la soltarían, cosa que hicieron antes de que la María Patas Verdes tocara el suelo. Cómo cayó no lo supe, pero la risa ahogada de sus compañeras se fue extendiendo por el Patio como una ola amplia y solapada a la que el temor y el espontáneo encubrir a las culpables ponía sordina. Dado el oficio de la María Patas Verdes, estuve imaginando que aquel recado contenido en palabras, cuyo sentido recto era evidentemente torcido hasta formar una clave de uso personal, tendría por destino a algún hombre que se interesó por ella más allá del puro encuentro fortuito y que podría quizá interceder en favor de su libertad; mas, cosa extraña, pocos días después oí decir que se amonestaba severamente a la Rosa, mujer que venía al Pensionado a servir la comida, porque llevaba y traía cartas escandalosas entre la María Patas Verdes y la Fresia del Pabellón de las Condenadas. De ese hecho contradictorio surgía, clara, una conclusión: ella es, pues, ambidextra. Pero todo esto parece rozarla puramente en la epidermis. La pasión no habita en ella.

Me paseaba esperando a que la religiosa viniera a buscarme para ir a la iglesia, al lugar denominado *coro*, separado de la nave central que se abre al público para las misas por una reja estrechamente cuadriculada desde el techo hasta el suelo y de lado a lado. Ahí, tras ella, se es lo que se es: la mujer en presidio. Me paseaba, pues, y esperaba. Deseaba ir, recordando esa paz y esas resonancias que parecen dormir en los templos solitarios. La luz del día de invierno empezaba a decrecer con rapidez. Oí de pronto dos voces que, según me pareció, pedían autorización para subir al corredor a retirar unas ropas que se habían quedado tendidas. Había observado ya que llegada esa hora nadie puede subir allí. Después supe que estaba prohibido. De ahí el permiso ahora. Los pasos de las mujeres se acercaron y, al llegar frente a mi ventana, que estaba entreabierta, yo a mi vez llegaba a ella en mi paseo. Miré. Las mujeres se detuvieron, pero no descolgaban ropa alguna. Estaban muy juntas y hablaban secretamente. Casi un miedo me cogió y una especie de pudor de que pudiera ocurrir algo que yo desconocía o de que se tratara de algo íntimo de ellas. De pronto una se inclinó, alzó un poco la falda y extrajo algo, al parecer, del rollo de su media. Después, ¿qué hicieron con tanta rapidez y que provocó un breve y apagado quejido de la que no se había movido? Solo vi que juntaban sus diestras, que al separarlas estaban rojas de sangre y que sin lugar a dudas pronunciaban palabras sacramentales de un juramento inviolable. ¿Se besaron luego? No sé. La luz abandonaba durante segundos el Patio y solo vi sus cabezas fugazmente juntas. Desde abajo la autoritaria voz de alguien gritó un nombre. Las mujeres se separaron y a su vez la Hermana me llamó.

Cuando me senté en el banco del coro, advertí que, asustada, mi respiración tenía algo anhelante. Al rato mi pensamiento se quedó indiferente y fijo en el gran ventanal donde se desvanecía un día más.

Unos segundos después de haberlas oído capté mi nombre y el de un lugar aciago, pronunciados por voces extrañas. Estaba recostada en la cama y por centésima vez releía una carta. Miré hacia la ventana entreabierta azorándome tardíamente. Arriba, en el corredor, con las cabezas juntas en racimo, cuatro o cinco mujeres me miraban, ocho o diez ojos me devoraban. El conocido dolor me turbó y sin atreverme a cerrar la ventana, echándome atrás, pude ocultar mi rostro. Hablaban, pero no llegaba a mí con claridad lo que decían. Después percibí entre ellas una voz que, con evidente intención de que yo la oyera y en poderosos términos, reprochaba a las otras su curiosidad y las invitaba con ruda viveza a que abandonaran su puesto de observación. Unos pasos en desbande me indicaron que se resolvían a hacerlo, y, lentamente, siempre oculto el rostro, cerré la ventana. Cuando volví a mi posición primera mi ánimo se enervó hasta el más grande extremo. ¿Sería, pues, siempre así? ¿Y cómo no, si aun *antes* huía yo de los seres? Sin embargo, reproduciendo ante mis ojos aquel racimo de cabezas, observé de pronto un hecho: ninguna de esas mujeres reía. Y, entonces, como un ser ínfimo, les estuve reconocida por eso.

Siquiera por eso.

En la brevedad sorpresiva de unos minutos fugaces el sol del ocaso enriqueció de oros los harapos que allá arriba desmayaban vergonzantes. A lo largo de la baranda interminable se ennoblecieron los matices de toda forma mísera.

Los ojos fascinados estuvieron mirando. Después se bajaron los párpados sobre el corazón turbado. ¿Qué hiciste de la vida?

La mujer miró primeramente a un lado y otro y, acercándose, me preguntó con sigilo y aire de trascendencia si sabía yo lo que había ocurrido. Yo no lo sabía. Ella sospechaba, de seguro, esa ignorancia, porque en el acto se puso a contarme los hechos, de los cuales estaba vedado hablar, pero de los que, por lo mismo, se hablaba *sottovoce* de un confín a otro del penal: una mujer encarcelada desde hacía ocho meses acababa de abortar de tres.

La sorpresa me tomó, como tal vez tomara a las demás, pero mi interlocutora la había superado, pues añadió que ella sabía bien que el autor de aquello era fulano el vigilante, que muchas veces hacía turno de noche en el cuarto de la guardia que quedaba cerca de la celda anexa al Pabellón de las Guaguas y en aquella celda, por el azar de las cosas, dormía transitoriamente la Regina.

Lo que ocurrió fue simple. La Regina es regularmente parecida, pero dueña del enigma de la sugestión. Ante este y olvidado de las tremendas consecuencias, cayó el vigilante y desde entonces ambos se aislaron en una profunda animalidad cuyas leyes primigenias atraviesan impávidas las conquistas del hombre.

Pocos días después se abría sumario secreto.

Y en el futuro, salvo cuando las pendencias entre las reos requieren las fuerzas masculinas, ningún vigilante podrá entrar en los recintos que constituyen propiamente la Cárcel de Mujeres.

El primer día que lo percibí tuve una tan extraña sensación, que durante un instante llegué a concebir que aquello estaba iniciándose en mi cerebro obscurecido por una sombra vesánica. Quise apretar mis oídos, pero la continuidad misma del fenómeno impuso su realidad indiferente a mi pasmo. Lo que oía era el eco de un sencillo y habitual hecho, que se desarrollaba en un lugar reservado expresamente para su realización. Era un día de visita.

Las presas acuden a un locutorio que separa a las mujeres de sus visitantes a través de una triple reja cuya trama decrece desde unas dos pulgadas la primera hasta el medio centímetro la última. Allí las van llamando por grupos, de acuerdo con la cabida del recinto, y entonces empieza una charla que a los pocos segundos se convierte en un pandemónium, ya que cada cual, para hacerse oír por su interlocutor, necesita elevar la voz, esfuerzo oral que tiene por origen tanto el hecho de que conversan todos al unísono como el hábito de hablar a gritos que afecta al pueblo, a lo que se añade la distancia que entre visitadas y visitantes pone la triple reja. Cada cuarto de hora más o menos un silbato pone fin a las entrevistas y una nueva redada de mujeres invade el locutorio e inicia inmediatamente a gritos, con quienes las esperan, algunos de los cuales reconfortáronse ya con el eterno líquido, el mismo galimatías de efectos insensatos.

Es verdad que al comprender ya el simple hecho de que se trata, un súbito rapto de risa acudió a los músculos de mi rostro, mas, ¡Dios mío!, por primera vez en mi vida tuve el miedo de que un reír semejante arrastrara mi voluntad a las convulsiones de la histeria.

Fue en aquellos primeros días de mi llegada. En el sopor de las horas, estas flotaban como desprendidas del tiempo. En algún momento la voz tartajeante de una mujer violentamente irritada rompió el murmullo del Patio. Al hacerla callar, la nombraron y mi atención se volvió hacia su voz porque ese mismo nombre me es querido: Helia. ¿Qué decía? Al comprobarlo, instintivamente me llevé las manos a la cara, que se inmovilizó de asombro: con un lenguaje llevado al más agudo grado de la injuria, insultaba a las religiosas concibiendo las visiones más peregrinas respecto a secretos contactos que ellas tendrían con los sacerdotes. La imaginación de aquella mujer tenía reservas de una riqueza difícil de emular y su tartajeo provenía, más que de una torpeza natural, de que su insatisfacción con ciertas expresiones la ponía en busca de otras cuyo poder ofensivo diera idea más cabal de las pecaminosas relaciones en que incurrían ambas hermandades religiosas. El murmullo de voces que había ido creciendo tomó cierta pesadez insólita, en la cual se advertía inconfundible el descontento. Comoquiera que sea, a su manera, es cierto, las mujeres respetan y aun dan su afecto a las religiosas, cuya dura labor no dejan de adivinar. Y aquello no estaba gustándoles. La agitación crecía y el nombre de la Helia iba repitiéndose hasta el confín del Patio. Entonces la reverenda madre ordenó trasladar a la desbocada mujer a El Proceso, adonde debía pasar en breve de todos modos; pero ella, adosándose firmemente a la muralla que halló más cerca, con su cortaplumas en mano, cuya procedencia, si se sospecha, no podrá establecerse jamás, desafiaba a que de allí la sacaran. El vocerío crecía en olas. Tres vigilantes mujeres que, resueltas, fueron a buscarla se detuvieron a la distancia y retrocedieron. La autoridad

de la reverenda madre fue desestimada también por la Helia sin miramientos. Al fin, el cabo y dos vigilantes, cogiéndola por sorpresa, le hicieron soltar el cortaplumas, pero aquella joven, de veinticuatro años, fornida y de alta estatura, les prodigó un crecido número de bofetadas antes de que la redujeran. Y al punto de serlo se dejó caer con todo el peso de su cuerpo, gritando, y los hombres hubieron de arrastrarla, literalmente como un saco, cerca de media cuadra hasta llegar a El Proceso. Allí se cerró tras ella la pesada puerta de la Solitaria, que se tragó también su voz.

Cuando aquello terminó, en el Patio la ola de gritos había decrecido, mas, aquí y allá, alguna carcajada cortaba de raíz cualquiera trascendencia que quisiera dársele al suceso. Y el murmullo de la normalidad sucedía a la borrasca.

Cárcel de Mujeres. Se piensa en ella y otro nombre acude a la mente, inevitable: Congregación de las Monjas del Buen Pastor. Comunidad admirable, rendida a una labor, como pocas, heroica. Mujeres cuya pureza de alma es capaz de dar el temple necesario para una convivencia diaria y sin tregua con seres a los que la vida situó exactamente en el cabo opuesto de los mandatos morales. Mujeres de aspiraciones humildes, que dan por bien pagado su duro trabajo cuando el número de delincuentes que acceden a recibir el sacramento aumenta en diez o quince. Mujeres que deben acorazar sus pudores y la finura de sus costumbres, de raigambre aristocrática, frente a otras para cuya gran mayoría no hay más ley que la violencia, ni más principios que el deseo. Si se observa que su sola presencia contiene a las presas, movidas por un respeto que arraiga obscuro en sus rudimentos morales, se comprende el papel que interpretan las religiosas en un recinto como esta prisión.

En la Comunidad ellas se levantan a las cinco. Y, aunque sus primeros quehaceres son las oraciones en el templo, no falta jamás este u otro menester emanado del inquieto, y a veces siniestro, presidio. Cuando la jornada termina, se recogen en el hogar común, pero ahí también su tan merecido descanso se ve con frecuencia alterado por duras obligaciones a deshora.

Mujeres de vida ascética, cuyos trabajos ingratos solo finalizan con la muerte. Quien las vea de cerca ha de confundirse un poco avergonzado ante el rigor de una tarea realizada para ofrendarla, día a día, a los pies del Maestro.

En este mismo cuarto, en esta misma cama, ¿cuántas han dormido y velado?

Hace algún tiempo una mujer joven vino aquí porque había matado a su padre. En las noches padecía terrores, obsesionada por la idea de que el fantasma o el alma de él vendría a requerirla. En la obscuridad del cuarto, ella, aterrada, creía verlo, oírlo. En la obscuridad del cuarto, yo, anhelante, busqué en vano una respuesta, un signo. Ella temía a la sombra fantasmal de él. Yo invoqué ardiente a una sombra para conocer lo que fue. A ella, quizá, la aparición la interrogaba. Mi angustia, quizá, quedaría sin respuesta.

Sin respuesta por siempre jamás.

Pasado un tiempo se repara, pensativa, en una particularidad: entre todos los nombres que a diario se gritan para conducir a las presas a los juzgados o por cualquiera otra causa, nunca se oyen apellidos extranjeros. Todos se registran en la más chilena nomenclatura. Solo una vez percibí la voz de una italiana ebria que relataba un sinfín de peripecias con un sujeto, como ella italiano, que, al parecer, no era exactamente su esposo.

Sin embargo, la abstrusa fonética de los nombres extranjeros puede oírse con frecuencia en el Pensionado. Y junto a ellos se oirán también sonoros apellidos de la rancia aristocracia criolla. A muy pocas de todas esas personas he conocido. Por bondad inagotable de sor Anunciación, me está permitido aislarme, tránsfuga eterna de la humana curiosidad. Además, ¿qué haría yo entre ellas, que solo llegan aquí por cheques en descubierto, estafas más o menos cuantiosas, compras o ventas vedadas por la ley, fraude, usura, abortos en los que la suerte fue adversa? Solo a lo lejos llega alguna que violó el principio de la vida.

A muy pocas he conocido, pero a todas las he oído. Llegan aquí presentando frentes heterogéneos. Llorando, casi nunca. A la defensiva las más. Después siguen las que muestran un melancólico fatalismo, las que hallan el asunto asaz gracioso, las que se apresuran a explicar que en el caso ha habido un error lamentable, las que lo toman con serenidad espartana.

El Pensionado es un pequeño edificio relativamente nuevo, enclavado en el Patio por Días, que la piedad de las Hermanas habilitó como refugio para recibir a quienes tienen una desventura menos o un derecho injusto más: poder pagar. Sin embargo, las severas religiosas cierran la puerta de este recinto a dos clases de

reos: la meretriz y la ladrona, así, ladrona sin eufemismos jurídicos. Pero el historial del Pensionado tiene algunas quiebras a tal norma. Se deslizó, elegantísima y amable, cierta señora proxeneta que mantenía varias *casas*. Cuanto a las segundas, una ha habido cuyo confuso proceso por robo de joyas impidió saber la realidad del hecho; y un extraño detalle: esa señora llevaba un conocido apellido de la alta sociedad. Puede observarse que las primeras manifestaciones de quienes son miembros de la vieja aristocracia son casi siempre las mismas: la que hace notar muy rápidamente que entre ella y la clase circundante media buena distancia y la que nunca se acuerda del valor del apellido con que naciera, o porque lo lleva adherido a sí misma como su propia piel, o porque, según las muestras, le sirvió bien poco en el duro aprieto en que ha caído. Pero, pasados un par de días, todas arriban a un acuerdo claro que plantean las ya antiguas: están en la cárcel y, a decir verdad, ninguna llegó aquí a causa, precisamente, de no haber hecho nada; por tanto, ciertos remilgos van sobrando. Esto despeja mucho el clima, y gracias a ello nacen amistades que, incluso, se prolongan más allá de estos muros. Y así, a la mesa común se sienta la que, pese a sus desvíos, muestra la finura señorial e innata de sus modales junto a la buena comerciante que sorbe, sonora y entusiasta, la sopa. Y durante largos días la cordialidad reina entre todas. Mas, de pronto, las palabras se tornan duras, el tono de las voces airado, y a los rostros asoma la irritación. ¿Qué ocurre? Nada de hecho, mucho en los ánimos, porque vienen las horas de desaliento, la honda nostalgia de la libertad, la incertidumbre de una sentencia, el aplazamiento de una excarcelación, el recuerdo de los hijos. Y tal o cual antipatía más o menos leve se hace trascendente, y lo que hizo aquella, en sí de poco alcance, es vituperado por esta cual si en verdad fuera una mala acción. El dividirse en grupos es inherente a toda sociedad humana, pequeña o grande. Y este Pensionado no es una excepción, sino arquetipo de esa tendencia disgregante. Ya iniciada una guerrilla sorda, estalla a veces porque sí, y después porque en verdad una hace a la otra alguna jugada

perversa. Pero un día cualquiera llega una nueva procesada de cierto desagradable; molesta a todas con sus larguísimas cuitas, como si estas fueran las únicas que importan en todo el orbe; hace notar con pertinacia que ella es inocente, cosa que debe distinguirse muy bien entre las demás, que si están aquí es porque han delinquido. Al principio la aguantan por educación, pero luego se unen todas, olvidan sus rencillas y se lanzan, en masa, sobre la poco agradable persona. Huelga decir que esta lo pasa mal, ya que no ha de ser la cárcel precisamente lugar para contener ciertas hipérboles del lenguaje hiriente.

Cuando por primera vez me percaté de que dentro del Pensionado se producían rencillas, murmuraciones y malquerencias, me desconcerté en gran manera. ¿Era posible, pues, que en lugar tan insólito las gentes persistieran en sus inquinas y en hacerse odiosa la vida en común? Así era, a pesar de todo, y, si se mira en su más simple sentido, es la vida de cada cual que aquí continúa su gran aventura, esa que empezó al nacer y que un día resolverá la muerte. Mi primer contacto con el ambiente fue como sigue:

Me paseaba, perdido el pensamiento, obstinado siempre en una misma visión. De improviso alguien golpeó, una pensionista apareció en la puerta y se acercó a hablarme sobre unas prendas de mi uso que habían desaparecido; la escuché con deferencia y traté de convencerla de que el hecho no importaba en absoluto, pero ella me oía poco, hasta que, sin contenerse ya más, entró de lleno en lo que de verdad la traía: ella estaba segura de que aquellas prendas habían sido substraídas por una señora equis, a la que ella, por otra parte, no quería juzgar mal. Tal vez fuera cierto que no quería, pero la fuerza de su aversión podía muchísimo más que su buen deseo, cosa fácil de notar, puesto que entró con suma rapidez en detalles que infamaban a la otra. La oía con cierto aturdimiento. Ignoro si en mis ojos se traslucían mi angustia y mi desaliento, pero el caso fue que en un instante dado los suyos parpadearon, terminó de golpe su acusación, en la que parecía haberse ido placiendo sin percatarse ella misma, y, sonriéndome con una tirantez que puso entre ambas

un algo muy incómodo, abandonó la habitación. Llevaba un aire que acusaba con evidencia su opinión de que era yo un ente apocado y hasta imbécil.

Cuando ella desapareció, un encogimiento me apocó, en efecto, y quizá, sí, un principio de imbecilidad nubló mis ojos agotados por el espanto hacia todo.

Y poco a poco empecé a conocer el laberíntico camino de algunas estafas. Hubo casos en que, aun desde aquí, esas señoras continuaban el fraude. Al saberlo, el asombro me hizo preguntarme desconcertada cómo persistían así, pregunta que envolvía una censura, y sentí bruscamente que me apartaba de la zona moral que les era propia; mas, bruscamente también, enrojecí: ¿y calificaba la moral de ellas, yo…? Lo que ellas hacían, ¡cómo era la nada sopesado frente a aquello! Ellas transgredían solo el derecho de propiedad. Yo, ¿qué hice?

Entonces comencé a no calificar a nadie ni a nada, especialmente después de un día en que llegó una mujer de origen extranjero. Se le dijo que, de acuerdo con lo usual, había que esperar a la reverenda madre, ausente en ese momento, para su admisión, a lo que ella contestó, enfática: «No he matado a nadie ni traigo armas». Cierta señora, ya habituada a esas cosas, le respondió: «Lo que usted haya hecho, aquí no nos interesa; en todo caso debe esperar a la madre». Desde acá, yo oía. Poco más tarde, procurando dominar el temblor de mi voz, pregunté a alguien que entró en mi cuarto lo que aquella señora había hecho, y la respuesta, indiferente, fue: «Falsificó un cheque».

Me tendí en la cama con profunda fatiga. El vivir es raro: yo no falsificaría jamás un cheque; pero ella no segará la vida de nadie.

Con el correr de los días comprobé que la actitud pasiva frente a las acciones del prójimo era prudente y justa. El estricto contrapeso de los valores morales, ¿quién podría fijarlo? Conocí a algunas personas que, no obstante la magnitud de la estafa cometida, eran

no solo excelentes, sino bondadosas. En no pocas de ellas encontré un generoso respeto a mi deseo de aislamiento. Mas, como es muy lógico, no lo hallé en otras. Cierta mujer de clase alta se ocultó una noche en el descanso de la escalera esperando a que terminara yo el baño semanal al que cada presa pensionista tiene derecho, para verme salir. Otras dos se dieron cuenta y, hablándome a través de una segunda puerta, me advirtieron que apagarían las luces y se pondrían delante de mí para burlar a la curiosa. Así lo hicieron y, como consecuencia, aquella señora me tomó ojeriza: segura estoy de que, si hubiera conocido el terror indominable que la curiosidad de aquel humano mar callejero dejó en mi espíritu, habría comprendido. Creyó presunción de importancia lo que era simple desdicha.

Era eso. Simple desdicha de un mal que desde siempre estuvo y de cuya crisis el alma convalece apenas. ¿Curará jamás?

Cuando por razones diversas llegan hasta esta cárcel grupos de gentes, muy raras son las que olvidan preguntar por aquella que soy. Un día, un oficial con una mujer se instalaron, sonriendo, frente a la puerta del Pensionado con el aire de quienes declaran: «Aquí nos estaremos hasta que la veamos». ¿A quién? A mí, animal de feria.

Ese día, ya obscurecido, la madre Anunciación me llevó hasta el pequeño templo, desde cuya puerta ella siempre se devuelve silenciosa. Penetró al coro y me quedé de pie entre las sombras. El daño de aquella curiosidad no quería desaparecer. La luz de la lamparilla vacilaba dentro de su vaso; sumida en la penumbra sagrada y destacando sus contornos contra la enorme reja, mis ojos fatigados hallaron la Cruz; sobre la cabeza vencida del Cristo, casi luminoso, se distinguía el inri milenario. Y me senté frente a ella y empezaron a crecer las punzadas intermitentes del corazón desquiciado, y una vez más el sufrir se irguió como una ola que iba a estallar contra él y más allá.

*Iesus Nazarenus, Rex Iudaeorum!*

El tiempo pasó. La lucecilla y el Cristo estaban inmóviles sobre el silencio, la soledad y el misterio absoluto de la muerte.

Alrededor de las tres de la mañana la mujer del calabozo empezó con su chillido agudo, largo, espeluznante. Lo reiniciaba a intervalos imprevisibles y toda vez parecía horadar la obscuridad como un delgado reptil interminable que aullara a lo largo de sí mismo. Se retiene el aliento, pero aquel aullido sobrepasa la propia respiración, y se sufre entonces por el grito en sí y porque dura más allá de lo que es soportable. ¿Por qué no es posible evitarlo? La mujer no padece un dolor físico, uno lo sabe, ni tampoco hay angustia ni desesperación en ese grito. Quizá sea porque atraviesa la noche de la cárcel. La cárcel donde se está. Tal vez a ella le place lanzar esa voz fatídica, o quizá no tiene conciencia de su grito, y es este el mero lenguaje de la noche, de la tremenda noche enemiga.

Poco más tarde todo calla y uno se hunde en el sueño y empieza a debatirse entre sombras irracionales.

Pero llega el día, y con él las voces. La Chamaca canta conocidas canciones populares dejando de su propia responsabilidad los versos. Más acá una mujer llora porque seguramente acaba de llegar por vez primera, y la María Patas Verdes ríe con todo el alcance de su cantarina garganta. Lejano, apagado, uno de los coros, formados por las religiosas con las reclusas, empieza a ensayar un himno sagrado. Entretanto, en otros Patios, ¿qué ocurre? Veamos. La Felicia es una mujer muy breve de estatura, pero esta mengua está compensada con largueza por la grande turbulencia de su carácter. Ella debía cumplir quince días de encierro en uno de los calabozos del tercer piso en el Pabellón de las Condenadas. Tanto renegó, pateó y aulló aquella desgracia en que la maldad humana la sumía, que la reverenda madre ordenó sacarla a dar unas vueltas en el Patio, donde, de paso, podría asearse. Así se hizo. Pero la Felicia

comenzó por argüir que necesitaba hacerse un peinado. Las vigilantes, impacientadas, empezaron a urgiría, pero el resultado fue que la Felicia declaró que no regresaría, que se quedaría donde estaba. Aquellas intentaron obligarla, mas la mujercilla se defendía con puntapiés muy veloces a las piernas de las otras. Fue menester entonces llamar a un cabo, quien la emplazó a seguirlo; pero, como ella deseaba lo contrario, se dedicó a manifestárselo de modo que él no concibiera dudas. El cabo, entretanto, la miró de hito en hito, calculó rápidamente que, en cuanto a kilos, ella era una nonada, y, cogiéndola sin más por la cintura, emprendió la marcha, subió los dos pisos y la depositó un poco rudamente adentro del calabozo. Por el camino ella había pataleado al modo de un insecto vuelto al revés, clamando sin parar que la llevaban para matarla, y, aunque las carcajadas rebotaban desde el Patio a los Talleres, los alaridos de la mujer expandían algo siniestro que, a su vez, rebotaba en los muros. Sin embargo, cuando el vigilante corría los cerrojos, ella le gritó desde adentro con voz cambiada y perversidad femenil que lo que él había hecho era exactamente traerla como ella quería: en brazos. Enseguida lo cubrió de burlas tremendamente deshonestas. Pero el cabo parece cultivar una disciplina espartana. Y el correr de la vida carcelaria continúa como una resaca que golpea desapacible. Y, pasado un tiempo, acá, de pronto, la de los chillidos de la noche recomienza. Son en verdad ingratos esos chillidos, tanto que, de golpe, la Chamaca la hace callar acompañando su emplazamiento de una gruesa injuria; pero en el acto vuelve a cantar. La María Patas Verdes ordena a su turno, a la de los chillidos, que se calle, pero en vez de la injuria le dice «viejita» en un tonillo de veras injurioso. Tras ella un desorden de voces muy bastas reclaman. Como consecuencia de tales demandas y previos a un corto silencio casi socarrón, los alaridos se dejan oír más silbantes y agudos, cual si la autora hubiera recibido vivos ruegos para emitirlos superados. Uno ya no duda: ella pone en juego su amor propio en la malignidad de su grito así como otros perfeccionan un oficio. Y aún no han tocado los aullidos a su fin cuando una joven mujer chifla penetrante, en dos

tiempos, a la manera de los hombres, porque, al parecer, atraviesa el Patio alguna criatura agraciada. Por fin el murmullo medio va rasando la atmósfera; pero esta forma de silencio no impera largo tiempo, debido a que alguien, que según las apariencias acaba de hacer un descubrimiento, desde el otro extremo del Patio llama a la María Patas Verdes en tono jocundo: «¡Eh, Marioo!». La mujer de más acá torna a llorar, y allá, donde el Patio termina, brota el lloro de un niño, en tanto una triple muy vacilante, que va como a la zaga de la melodía que entona, pretende emular a la Chamaca.

Voces.

Frases cualesquiera u obscenidades quemantes. Gran fondo de voces. Cacofonía zumbona y doliente, sombrío y herético responso a las ilusiones que han muerto.

Una mañana oí esto, dicho por una mujer a otra en el Patio: «Esa que llegó ahí fue la que mató a la chica». Cierto es que lo dijo como una cosa que no le producía gran admiración, casi diría que no la admiraba en absoluto. Poco después tuve oportunidad de preguntar por aquella nueva encarcelada y me respondieron que estaba ahí «muy fresca». Y, pues, yo, desde que oí comentar su llegada, desde que supe que ella estaba ahí a pocos metros, presentí que la angustia iba a sobrevenir una vez más.

Y al atardecer yo zozobraba en ella.

Sin embargo, pasado un tiempo, cuya medida ignoro, me di cuenta, con rara claridad, de que esa angustia había sido promovida por la intuición penetrante y honda de que algo que tenía que ver solo con la vida del sentimiento me separaba de aquella mujer de un modo neto; no la condición social, ni siquiera la distancia de dos intelectualidades polarizadas, sino la diferencia pura del mundo de las emociones. Entonces, como movida por la propia extenuación y con una voluntad fría, casi espantable de saber y desentrañar lo que fue, empecé, por la vez milésima, *esa* búsqueda. Aunque sin orden, atraía hacia mí las escenas, los detalles, las palabras, tal rasgo, un gesto; el acontecer del propio instante, los posibles orígenes que encerrara el período que precedió y la relación misteriosa que pudiera tener aún el vivir de ahora, el que siguió. Por ejemplo, ¿por qué cuando, dos días después, me percaté de que el terrible hecho sería pasto de la voracidad pública me cogió la ansiedad de que él no fuera tocado por ninguna sombra? Tal vez porque no había para mí hechos delineados y cabales, y mi infelicidad estaba aparte de las razones naturales que aquella buscó; sí, yo supe que él quería casarse con alguien solo cuando el juez me preguntó si por eso lo

había matado. Yo desconocía ese hecho como desconocía todos los otros con los que el buen sentido procuraba justificarme entre quienes se movieron ansiosos en mi ayuda. Sabía que había segado su existencia por una crisis que él provocó, pero cuyos elementos profundos venían de un pasado más lejano o, más bien, estaban ellos como un centro absorbente de mi sino. ¿O quizá permanecían situados en el tiempo, a la espera, aun antes de venir yo a la vida?, porque cuando él estaba sentado allí, en el último instante, frente a mí, lleno de su vida, yo sentía, escuchaba que el corazón me palpitaba adentro de mis sienes, que iba a ocurrir y que ningún poder sobrevendría para evitarlo. Que iba a ocurrir, ¿qué? ¡Quién comprenderá que ese saber que iba a ocurrir era a la vez como ciego, sin saber! Además, ¿¡por qué lo sentí a él en todo ese instante como *prosiguiendo* a mi lado, como si después él fuera un contemplador ajeno, es decir, Dios mío, mi acto era también su acto!? Yo inclino la cabeza y acepto que esto sea por todos rechazado.

Pero es necesario saber que todo esto es solo una fase, porque hubo instantes muy extraños, los instantes que precedieron. La mañana en que él fue a comunicarme la muerte de quien lo dejaba libre para unirse a mí, o sea un mes y veintidós días antes, ocurrió que en el momento en que hablaba, el aparato de radio transmitía una música coincidente hasta lo supersticioso y absurdo, es decir, la marcha nupcial de Mendelssohn. Ambos la percibimos y ambos callamos, pero en la fracción de un instante me cogió la angustia de que aquella música entraba en la muerte o emergía desde ella. Y, cuando, horas después, él hablaba de la vida y de esa música anunciadora de un porvenir común, yo en mí ya había resuelto que esas nupcias no se consumarían. Así fue que sobre ello escribí a cierto amigo apócrifo: «Porque todo el bien que él pudiera darme no alcanzaría a desplazar la espantosa miseria moral que el matrimonio llega a infiltrar en los seres». Además, estaba aquella muerta para mí desconocida y cuyo verdadero papel en la vida de ellos se me aparece cada vez más ajeno a juicio. ¿Era posible hablar de una

*nueva vida* cuando aún ella no estaba sepultada, cuando aún la tierra no separaba su forma humana, definitivamente, de los que seguían vivos buscando la vida? Sí, algo no estaba bien, deberíamos haber puesto una zona de silencio entre su muerte y nuestro vivir, ese vivir que busca, obstinado, el placer en eterna fuga. ¿Acaso no había buscado ella también su placer, el cual le fue negado? Y le había sido negado por medio de un instrumento preciso: él. Sobrevino entonces algo sin nombre, una lucha silenciosa en lo profundo y de hecho en la periferia: allí estaba él con la fija idea del matrimonio, y acá estaba yo con mi terror por este. El ruego absurdo empezó a brotar de mis labios: dejar las cosas como estaban. Nunca he logrado saber hasta dónde un hombre se siente herido cuando al ofrecer su nombre lo rechazan.

Una a una, cada cual cargada con el mal de que era portadora, vinieron las noches del insomnio. A veces, arrancándome a sus efectos febriles, buscando un extraño lenitivo tan insano como la misma noche sin sueño, escribía: «Helo aquí el insomnio. Y sobreviene la angustia, la de los ruidos de la noche, la de los espacios de silencio entre ellos. Este silencio que empieza a *estar* ahí, que de sí mismo crea una identidad sin nombre, y que, no obstante, tan inmaterial, actúa, se acerca, se tiende sobre mí y me hace retroceder a lo más ínfimo de mi condición; y parece como si el único objeto de su llegada hasta mí fuera el de querer incautarme hacia el otro lado de la vida». El insomnio es como una enfermedad sobrenatural.

Cuando uno vela, el cansancio de los años vividos y su esterilidad quebrantan casi hasta los huesos. Mas el cuerpo se defiende e insiste en la vida, y, sin saber cómo, me hallaba tratando de organizar, aunque de un modo negativo, mi viaje a las Baleares. Iría allí, alcanzaría hasta el lugar aquel en que habitó el músico genial e infinito; ¿conservarán los lugares un vestigio inmarcesible de los seres extraordinariamente superiores que en ellos habitaron, que en ellos crearon? Además, en alguna de aquellas islas, ¿por qué no?,

hallaría yo el paraje, el lugar desconocido, pero que presentía reconocible dondequiera que se encontrara, en el cual tendería mi cuerpo y tanta fatiga de vivir, y, en un instante, que también reconocería, podría darme, tranquilamente, un balazo entre las cejas; o bien, podría ocurrir que fuera posible avanzar hacia el mar y en él yacer con la muerte.

Entretanto, a él dejé de verlo. No lo vi durante quince días. Ni a él ni a casi nadie. ¿Qué apartaba mi ser de los otros? ¿Y por qué también de él, a quien yo eligiera por sus cualidades afirmativas, es decir, precisamente por aquello que no lo acercaría jamás a mí y que, por lo mismo, no podría desolarme por la frustración de grandes ilusiones? Sin embargo, el ser del hombre no logra estarse sin rodear de alguna ilusión toda cosa, y yo, sin percatarme, puse ilusión en la legitimidad de la sencillez de él, es decir, de esa inferioridad suya que en cierta forma lo hacía superior al mundo demoníaco de la inteligencia. Su frente abierta, su mirada franca, su simpatía intrascendente, ¿llegaron a ser tan necesarias a mi vida y casi el único lazo entre ella y el mundo externo?

Y viene un recuerdo. En el hotel Miramar, de Viña, existe una piscina formada entre rocas que llena y desagua el propio mar. En cierta época del año, si se baja hasta ahí, cuando cae el anochecer, se halla un espectáculo cuya belleza entra en la memoria para siempre. Descendí con él lentamente en zigzag y nos quedamos de pie junto a aquella piscina mirando el obscuro crepúsculo en la lejanía. De pronto los ojos bajaron y la belleza de aquello se entró inesperada hasta el mismo corazón: sobre el agua de la poza negra brillaba, purísimo, el diamante de un solo astro. Nada más que él, solitario. ¿Qué lo hacía tan viviente?, ¿el negro inmóvil, hondo del agua? Esplendía de sí mismo y se estaba ahí, cerca, ¡cuán cerca! Si yo extendiera mis brazos, podría cogerlo entre las manos. ¡Dioses, sería como tener en ellas, centelleante y quieta, una gota de universo! Pero fue necesario partir. A mi lado él callaba, estaba al margen; no sufría el mal de lo bello, pero era capaz de respetarlo siempre. Y, no obstante, sin poder evitarlo, medité en que nunca

podría sentirlo a él así luminoso y aparte en el centro de mis sueños. Pasado un tiempo, él volvió allí con otros. Al regresar me habló voluble y suave de mí y de esa luz en el agua. Yo me turbé, me avergoncé: él me asimilaba a aquella visión, ingenuamente, y yo, dolorosamente, lo vi ajeno a ella en la soledad de mi alma.

Si hubiera podido cultivar yo un sentimiento maternal, ese que dicen sentir muchas mujeres por el hombre, ¿nos habría salvado? Pienso que sí, ya que las cosas sucedieron bajo un sentimiento contrario, es decir, siempre la imagen del hombre estuvo en mí contenida en la idea del padre que perdí y no conocí. Y, pues, a lo largo de la vida y muy tarde he debido de concluir que un hombre, para extender su sentimiento amoroso hasta la actitud paternal, necesita ser un varón extraordinaria y profundamente fuerte. Contener, no ser contenido, como parece ocurrir siempre.

Pero vanas son las disquisiciones sobre lo que pudo ser. Quizá, sí, todo se redujo a que él, de pronto, sintió, como yo antaño, que el amor es solo el espejismo de una misteriosa aspiración que anida en el alma y de ella se nutre. O bien, fue lo contrario, y su aspiración se volvió hacia el rostro de una niña que, al parecer, lo amaba.

Día y noche me formulo la pregunta inútil: si así era, ¿por qué callaba? ¿Por qué, si conocía bien que yo no sería para él jamás lo que, seguramente, ella podría ser? ¿Por qué?…

Uno vive y va llenándose de la experiencia que traen los años. Se cree que ya es posible mirar a las gentes sin exigirles lo que no pueden dar. Se piensa que, como ciertas bestias de la selva, es posible ser solo. La seguridad de estar acorazados frente al ataque parece volvernos serenos. Mas la pequeña ilusión fue cultivándose a sí misma, subrepticia, y, cuando creíamos no pedir nada en verdad, confiábamos en los dones y las virtudes con que identificábamos a los otros, especialmente a quien permitimos, con cierta negligencia, avanzar, más que el resto, en esa zona privada que no debió franquear. No le exigíamos a ese elegido, es cierto, el abolengo espiritual que pudiera iluminar nuestras tristezas, mas, pese al frío escepticismo, a las reservas infinitas de nuestro trato, le asignamos insensiblemente aquellas cualidades. Despojado de ellas, ¿qué quedaba?

Y bien, todo ello así y aún mucho más si lo hubiere, ¿acaso la responsabilidad de haberse permitido la pequeña ilusión no estaba en uno mismo? Cierto que esta era pequeña y pudieron no defraudarnos. Pero era pequeña y pudimos seguir de largo. Días desesperados, extrañamente vertiginosos y agotadoramente inacabables. Estos tienen un nombre: lo horrible. ¿En qué momento estuve yo arrodillada al borde de la cama, entrecruzadas las manos y los ojos como ciegos?

¿Por qué llegué a arrodillarme casi inconsciente de mi acto? Porque la madre de él llenó mi pensamiento.

En la plena noche desperté. La mujer que tosía allá en el pabellón de en frente, cuando terminé por dormirme, continuaba tosiendo, y un acceso penoso y sin fin que debió de extenuarla me arrancó del sueño. Y pasado un tiempo volvía a toser, y yo pensaba que ella sufría. Después, quizá, se durmió un rato. En cambio, mis ojos estaban abiertos sobre la obscuridad compacta. Lo absurdo se adueña de la noche, entra en ella, y, como fruto de la fusión sigilosa e invisible, surgen hechos que en otra hora no lograrían jamás tomar camino y avanzar y demostrarse ciertos. Y eso ocurrió. En la densa sombra, ante mí, lo supe de súbito: el rostro de él y el rostro de mi hermano, aquel que yo amé a los cinco años, se parecían. Ah, se asemejaban cuanto cabe a un rostro de diez años asemejarse a otro de más de treinta, y este a aquel. El asombro de no haberlo advertido antes crecía. ¿Había sido por eso entonces, por esa semejanza que repercutió en la memoria dormida, por lo que, a pesar de todo y sin saber bien por qué, me detuve en él y lo elegí entre otros?

La noche continuaba interminable, quebrada a intervalos por la tos de la mujer enferma. Y empecé a recordar cómo mi timidez infantil adoró a aquel hermano, que era para mí un poseedor de las maravillas del mundo. ¡Raúl!

Él tenía diez años y un día me dijeron que había muerto.

Por un encuentro muy fortuito, ya que la madre Anunciación me protege de ellos cuanto le es posible y sin yo pedírselo, llevada solo por esa finura, hija de la bondad, vi esa mañana, un poco a la distancia, a aquella mujer, es decir, a la Rosa Parías, de cuyo antebrazo manaba sangre. Pregunté después acá por qué ella estaba así, y me respondieron: «Ah, ¿esa mujer? Si es salvaje. Cuando rabia se tajea a sí misma». No llegué a espantarme demasiado porque aquí uno termina por tomar las cosas con calma. Mas, debajo de lo que esa salvajada me había repelido, estaba otra cosa que trascendía: la visión de esa sangre se fue al encuentro del recuerdo de otra sangre que yo vi correr desde la comisura derecha de la boca de él. ¿Cómo escribir sobre esto? Fue la noción de su muerte, de que él moría, y es en el lapso de esa noción donde creo que su brutal realidad me enajenó. Era una pena infinita, una protesta irrazonada como si otro que no era yo lo hubiera herido. Yo quería de algún modo restañar esa sangre, impedir que corriera, porque así él no moriría.

¡Impedir, impedir que corriera!

Preguntas a la inteligencia insobornable. Respuestas siempre parcas, vanas, precarias. Preguntas dirigidas como dardos adentro mismo de la herida. ¡Respuestas que gimen postradas o se alzan enloquecidas contra la patética y aberrante creación del ser del hombre por un Dios incoherente!

Pero uno después, como los niños, se refugia en las imágenes. Entonces a ratos aquello se me aparece como si, por un fenómeno de precipitación conseguida por un agente ignorado que aguardaba

dentro de su alma, yo hubiera resumido en él toda la desventura que conocí en la vida. ¿Pero en qué momento fue? ¿Cuando por primera vez sus ojos siempre francos rehuyeron, se evadieron y no miraron ya más de frente? ¿O cuando vi con repentino miedo que se rompía el último lazo que me unía al mundo exterior?

Razones, causas, razones. Nada sirve de nada. Aunque hubiera ciento, ¿existe acaso una o pesan todas ellas juntas, hasta la última, cuando en el otro lado de la balanza aparece su muerte? Yo contemplo eso y me pregunto: ¿por qué vino el proceso? Hay acciones que físicamente son claras. Si aquello lo fue, ¿por qué no hacer la justicia humana también físicamente consecuente? Era lo simple y debí morir.

Porque la zona profunda de mi yo no es accesible a los demás, como la de ninguno de ellos al otro. Y, allí donde se hunden las raíces de lo consciente, las sombras empiezan y el propio yo zozobra.

Mas, aquí donde el corazón debe penar solitario, busqué la humildad, la bondad; la aceptación pasiva de resoluciones ajenas; la dominación del orgullo y de la enfermiza reserva de mi índole frente a dos médicos, a cuatro, a seis; el humilde asentimiento a la petición de exámenes que pretendían ubicar el origen de mi acto, exámenes cuyo solo recuerdo me estremece hasta la raíz de los cabellos; la represión casi insostenible frente a dos médicos más que examinaban mi cuerpo, medían mis miembros, anotaban los diferentes grados de pigmento de mi piel, es decir, humillación de aquella, en mí, terrible altivez: la de mi cuerpo. Sin embargo, al tercer día, cuando salía de allí sintiendo la derrota a la que había sometido toda mi individualidad, mientras cruzaba el espacio entre las dos puertas que es necesario pasar para llegar a la calle, tuve la profunda percepción de que todo estaba perdido, que todo era inútil e incluso que ese humillarme era algo así como una pobre candidez humana frente al misterio irredimible de la muerte.

Pero, un tiempo después, el más extraño de los amigos me habló largamente de la humildad: la abordaba él como una actitud de serenidad frente a las cosas todas, no como una ofrenda para compensar, frente a sí mismo, un hecho. Y, pues, esa actitud a la que él aludía es la única paz que a veces alcanza hasta el espíritu sombrío.

Miraba, desde hacía algunos segundos, una flor que, aunque menguada, lucía casi riente entre el obscuro verde de la mata; esta es un cardenal que crece como puede en el patiezuelo al que da mi ventana. Involuntaria y rápida, mi vista se dirigió hacia arriba: dos mujeres jóvenes me miraban con la más viva curiosidad; y yo, con mi incontenible gesto esquivo, retrocedí en el acto; ya fuera del radio de su vista oí que le decía una a la otra: «¿La viste?». Sentadas cerca de ellas, en el suelo del corredor, había un numeroso grupo de mujeres que desde acá no alcancé a ver y que supongo que se incorporaron, porque una dijo, con voz madura y ruda, exactamente estas palabras: «Bueno, y qué la miran tanto; pa' lo que hizo…; lo que es yo, mataba a todos los hombres juntos». Otra contestó con voz aún más cascada, algo relativo a que Dios no permite matar a la gente, a lo que una de más allá gritó que eso dependía de lo que a uno le hacían. Tuve la impresión de que discutían, en voz tan alta, con el fin, significativo por ambas partes, de que yo oyera, discusión que subió de punto, ya que hablaban todas a la vez. Desde que empezaron, en las arterias se me aceleró el ritmo de los latidos, y no sé qué forma extraña de temor desesperado me fue envolviendo; trataba de pensar que yo exageraba el hecho, pero, a medida que esa discusión crecía en razones llenas de la lógica simple, directa y cínica de esas personas, algunas de ellas embrutecidas ya por el alcohol, y otras, muy jóvenes, que parecían como impulsadas por quizá qué visión apasionante, iba yo experimentando el deseo absurdo de estrechar en mis brazos todo *aquello*, los hechos, su muerte, mi llanto, su nombre y el mío, y sustraerlo a esas voces y a otras que tal vez rodaban por las calles. Algo que ya había observado en mí,

haciéndose vivo, se manifestó en toda su ilógica: me hieren cuando me defienden y excusan mi acción, y me hieren cuando me atacan por ella.

Sin ruido y pegada a la muralla, conseguí cerrar la ventana. Me tendí en la cama y durante un rato tuve la sensación inexpresable de ser yo un puro animal entre las gentes. Después…, no sé, ni siquiera me percaté de cuándo cesaron de oírse las voces allá arriba; casi con un resentimiento que no sabía a qué dirigirse pensaba por qué tuve que escuchar eso *precisamente ahora*, ahora que desde la mañana había estado presente un hecho en mi pensamiento: hoy hace seis meses que, estando frente a él, sobrevino la muerte, la frívola muerte que entre los dos eligió como ciega. Estábamos frente a frente, y yo, que nunca supe vivir, quedé sujeta a la vida; y él, que tan cabal se daba a ella, que nada sabía de ese otro modo de morir que tienen algunos, cayó. Cruzo las manos y me digo que fui yo quien volvió hacia él la muerte; yo, que levanté un arma mortal y, en vez de aniquilarme, ¡lo hice morir! Entonces —y una vez más inclino la cabeza y acepto que lo que sigue sea impugnado— viene el recuerdo de un movimiento preciso, de un acto físico por sí mismo, de un ademán desconocido a mi alma.

Tú buscas y te oprimes las sienes y clamas; luego te cansas, te quedas vacía y parece que no va a importarte ya más. Después, al menor toque, vuelves a empezar, a buscar, a interrogar con los labios helados: ¿por qué, por qué? Urgida por la misma ansiedad, tú quieres ayudar a esa pregunta, darle algún descanso, y, aun sintiendo que todo cae a plomo alrededor de ella, murmuras: «Es que algo monstruoso alienta en mi ser». Y empiezas a repetir esta respuesta porque, en todo caso, es menos espantosa que dejar esa pregunta consumirse como un hilo de agua en la ardiente sequedad del pensamiento. «Algo monstruoso alienta en mi ser»: esto es una verdad porque arranca de la visión misma de tu acto, de esa visión que a veces te coge de golpe, repentina y brutal, y te sobrepasa; todo ante ella es poquedad, futileza, miseria; todo: tu angustia, tu monstruosidad, también tu fatiga y tu muerte.

Sin embargo, allá en el fondo de ti, está tu vencido corazón mirando; este sabe, sin aspavientos, que el mal no participaba de la naturaleza de tu ser; sabe eso y tantas cosas; sabe también que aquello no debió venir, porque era entonces cuando, precisamente, el ser desolado pedía que esa vida de él se quedara un poco cerca de la vida ya enferma de uno. Que se quedara como estaba, simple y amable lazo entre el mundo real y el que dentro de ti perecía, quedo.

Dos días antes salí a la calle a tres cosas que entre sí poco tenían de común en su apariencia: a comprar un remedio, a averiguar cuándo podría partir en tren a Mendoza, ya que mi proyecto comprendía el viaje a Buenos Aires por tierra para conocer la cordillera y la pampa, y para comprar una pistola o revólver, si lo hallaba. Llegué a la farmacia de la esquina de Moneda con Matías Cousiño; el remedio no estaba; vi al frente un depósito de armas nacionales, pero pensé que la oficina de ferrocarriles podrían cerrarla temprano y llegué hasta allí; el tren salía tres días después, a las seis horas. Empecé a calcular si alcanzaría a prepararme; pensé que podría ir hasta esa ciudad y volver, para alejarme de él, pero entonces me dije que para eso bastaría irse a Viña, aunque se aleja uno de verdad solo cuando sale del país; entretanto regresé al depósito; allí me mostraron varios modelos y me enseñaron su manejo; me parecieron caros para estar fabricados acá; pregunté al empleado si no tenía usados y contestó que no. Salí. Recordé que había armerías a la vuelta. La posesión del arma tenía para mí tan pronto una razón como otra, y a la vez todas ellas; en Europa, en algún lugar se podría realizar eso por fin, por fin, de una vez; sí, yo venía sobrando demasiado ya entre la gente. O quizá ahora, pronto, pero con él, junto a él, porque no podría volver a resistir ese mirar que huía, esos ojos que se evadían, que ocultaban ¿qué?, no lo sabía. Todo eso se borraría. También iba a servirme como pequeño escudero: en mis viajes llegué a veces a pueblecillos inciertos, en los que hallaba hoteles donde caían gentes de torcido aspecto. Y vuelta a pensar en el viaje, en las islas, en los pescadores, en el alma de Chopin, en la cartuja. Todo esto tenía cierto desvarío. Mas son muchas las veces en la vida que uno desvaría así y nada ocurre. Encontré una pequeña pistola y

pagué por ella un precio alto. Cuando volví a casa la miré un momento con un desinterés muy raro; me pareció una mala compra, en la cual había invertido demasiado; en Europa, seguramente, la habría hallado por la mitad. La guardé en un cajón. Al día siguiente la olvidé y solo en la noche pensé en ella. La cogí y admiré su pequeñez pensando que era adecuada para una mujer. De pronto sentí de un modo casi físico que todo, la muerte, el viaje, los ojos de él, me hastiaban hasta la médula. Tengo de estos dos días cierta confusión. No recuerdo si fue el día de la compra o el siguiente cuando tuve a dos amigos tomando el té en casa. Solo sé que uno de ellos estuvo los dos días, porque con él pensaba llegar a Francia e Ibiza. Nos encontraríamos en Buenos Aires. Tengo otra amnesia: no puedo acordarme de si la compra la hice en la mañana o en la tarde. Tal vez esto se deba a que recién ocurrido aquello no recordé para nada que había comprado el arma hacía poco. ¿Qué podía importar a una mente que giraba, casi hasta la demencia, en torno a un solo hecho? Puede también que yo le restara trascendencia a esa compra porque había tenido ya dos o tres revólveres en mi vida, y desde mi viaje a Lima venía pensando en adquirir uno. Sin embargo, a quienes me juzgan parece importarles. Pienso en ello, recuerdo esos destinos sucesivos que yo le daba y, en la perplejidad de mi espíritu, he aceptado ya pasivamente lo que a ellos les parezca. Aún más, cuando, por primera vez, me hicieron pensar detenidamente en esa compra, reflotó un recuerdo que puso su nota extraña y fatídica sobre ella. Hace alrededor de seis años. Un portero de mi oficina fue a ofrecerme un revólver usado. Era muy fino y valía entonces varios miles; en el momento no los tenía; el hombre estaba urgido y se lo vendió a otro. Me quedé con un renovado deseo de tener uno. Días después leí un aviso de venta en el diario. Resolví ir a verlo, pero, cuando salía de la oficina, pensé que no entendía de armas y podría comprar quizá qué. Tenía yo cuatrocientos compañeros hombres, de modo que decidí pedir a alguno que me acompañara. En ese momento entró él a mi oficina, *precisamente él*. Lo conocía muy poco y lo había destacado del resto solo porque era amigo de un

amigo mío. Le pregunté si entendía y respondió que, aunque no mucho, podría ayudarme. Solicitó permiso para salir y fuimos allí. En el camino observé ciertos rasgos de su rostro en los que antes no había reparado. El revólver no servía, era muy grande y, además, sencillamente su manejo estaba fuera del alcance de mis fuerzas. Regresamos. Al despedirme noté algo apenas perceptible en su mirar, pero, la verdad, ese algo aparece con tal frecuencia en los ojos de los hombres jóvenes que, confieso, lo olvidé totalmente. Y ahora, en la noche de una cárcel, con el pensamiento abismado de asombro, yo me pregunto qué juego tortuoso, solapado o burlón se trae a veces la vida. Yo tenía cuatrocientos compañeros masculinos, ¿por qué entró él en el instante en que iba yo a enviar por este, aquel o el de más allá, a quienes conocía mucho más que a él? Entró él. Con él salí exclusivamente a ver un arma; él la tuvo en sus manos; él la descalificó. Además, después de esa salida noté que me abordaba para preguntarme sobre el asunto, y yo aceptaba sonriendo ese pretexto, pues de no mediar este, él no se habría atrevido a hablarme.

Cuando un prisionero piensa en la palabra *destino*, esa palabra se agiganta callada, extendiendo la fatalidad de sus tentáculos hasta estrangular la vida.

Bajo el silencio, ese que se siente respirar adentro de la noche, con las pupilas dilatadas por tanta sombra, los labios llegan a murmurar, de hecho, la pregunta que quizá no ha de cejar jamás: tú, ¿por qué llegaste a hacerlo en el último instante?, ¿por qué pudiste hacerlo?; me incorporo bruscamente y me parece que algo retrocede hasta debajo del cerebro y ahí desaparece. Entonces de nuevo me desplomo y una horrible opresión de frialdad, un cansancio que pesa mucho en las sienes dan la respuesta a mis labios yertos: los actos nacen con uno.

El tiempo parece luchar en la obscuridad. El cerebro y las sienes siguen fatigados. Aquella respuesta está ahí, indiferente y fija; pero

acá está la angustia que no acepta nada.

Y vinieron los días en que empezaba, tenaz, el pensamiento a discernir la muerte. Uno recuerda lo que dijo su autor, y otro, aquello que venía por el camino de las intuiciones, lo otro que asoma a veces casi simple en el mundo de las ciencias, o cómo se inclina el alma de los místicos hacia el instante mortal que los devuelve a su Dios. Desde el fondo de la memoria asoman los ojos de una bestia que nos miraba porque iba a morir y nos dolía ese mirar hasta la desesperación. Sin embargo, ¿no hubo asiáticos que veneraban como un don de la divinidad el morir?

De pronto el pensamiento cede y percibe que se puso a rebuscar y rebuscar, pues lo que deseaba de verdad en su desconsuelo el alma era que la muerte no fuese la muerte.

Cuando iba a partir, tuve la penetrante intuición de *algo*. Pensé que no regresaría. Guardé el arma en el bolsillo y escribí un papel en el que dejaba una suma de dólares a determinada persona. Hubo un momento en que busqué cierto ridículo ante mí misma e intenté ampararme en él, pero al pensarlo y reconocer la profunda fatiga de mi ánimo, la certeza de que jamás, pese a haber vivido tanto, hallé un ser íntegro y fuerte, y de que mi propia jornada fue una sola frustración, una disonancia, vi que estaba soportando unos días aciagos que no podría resistir más. Frente a ello el ridículo era una pobre cosa que no se sostenía a sí misma. Y no me salvó. Y llegue allí, y ante aquellos ojos vagos el acto monstruoso estalló en mi ser y todo se precipitó, consumado. Para siempre. ¿Quién comprenderá? Para siempre.

Si puse el arma en el bolsillo, si cuando me dirigía hacia allá, por el camino me asaltó la ansiedad de que no vería nunca más el hondo verde de la naturaleza, el aire azul, las viviendas de los hombres, y le dije a aquel chófer que fuera más lento, ¿iba yo ciertamente al encuentro de mi muerte? La libertad de morir había sido cultivada, meditada, por mí desde muchos *estados*, es decir, era ella la reserva delicada de las tristezas que trajeron los años, el acto simple de una soledad impenitente, la decisión justa que resultaba de una incapacidad casi patológica de *estar* entre los seres, la meta natural de esa grave y constante angustia de no servir para nada ni para nadie. ¿Iba, pues, hacia el fin? Si iba, ¿qué transmutación animal degeneró mi voluntad? Quizá hay climas morales que al saturar inficionan, y yo recuerdo mucho que el transcurrir de esas horas, de esos días, era denso, atribulado y estaba como regido por las leyes mudas de la muerte.

A menudo me sorprendo ensimismada, de pie; en el centro del cuarto; igual que muchos, seguramente, antes que yo; igual que hoy mismo muchos otros en las cárceles del mundo.